



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de julio de 2005

Dios salvador

Queridos hermanos y hermanas:

1. Hoy no hemos escuchado un salmo, sino un himno tomado de la *carta a los Efesios* (cf. *Ef* 1, 3-14), un himno que se repite en la *liturgia de las Vísperas* de cada una de las cuatro semanas. Este himno es una oración de bendición dirigida a Dios Padre. Su desarrollo delinea las diversas etapas del plan de salvación que se realiza a través de la obra de Cristo.

En el centro de la bendición resuena el vocablo griego *mysterion*, un término asociado habitualmente a los verbos de revelación ("revelar", "conocer", "manifestar"). En efecto, este es el gran proyecto secreto que el Padre había conservado en sí mismo desde la eternidad (cf. v. 9), y que decidió actuar y revelar "en la plenitud de los tiempos" (cf. v. 10) en Jesucristo, su Hijo.

En el himno las etapas de ese plan se señalan mediante las acciones salvíficas de Dios por Cristo en el Espíritu. Ante todo —este es el primer acto—, el Padre nos elige desde la eternidad para que seamos santos e irreprochables ante él por el amor (cf. v. 4); después nos predestina a ser sus hijos (cf. vv. 5-6); además, nos redime y nos perdona los pecados (cf. vv. 7-8); nos revela plenamente el misterio de la salvación en Cristo (cf. vv. 9-10); y, por último, nos da la herencia eterna (cf. vv. 11-12), ofreciéndonos ya ahora como prenda el don del Espíritu Santo con vistas a la resurrección final (cf. vv. 13-14).

2. Así pues, son muchos los acontecimientos salvíficos que se suceden en el desarrollo del himno. Implican a las tres Personas de la santísima Trinidad: se parte del Padre, que es el

iniciador y el artífice supremo del plan de salvación; se fija la mirada en el Hijo, que realiza el designio dentro de la historia; y se llega al Espíritu Santo, que imprime su "sello" a toda la obra de salvación. Nosotros, ahora, nos detenemos brevemente en las dos primeras etapas, las de la santidad y la filiación (cf. vv. 4-6).

El primer gesto divino, revelado y actuado en Cristo, es la elección de los creyentes, fruto de una iniciativa libre y gratuita de Dios. Por tanto, al principio, "antes de crear el mundo" (v. 4), en la eternidad de Dios, la gracia divina está dispuesta a entrar en acción. Me conmueve meditar esta verdad: desde la eternidad estamos ante los ojos de Dios y él decidió salvarnos. El contenido de esta llamada es nuestra "santidad", una gran palabra. Santidad es participación en la pureza del Ser divino. Pero sabemos que Dios es caridad. Por tanto, participar en la pureza divina significa participar en la "caridad" de Dios, configurarnos con Dios, que es "caridad". "Dios es amor" (1 Jn 4, 8. 16): esta es la consoladora verdad que nos ayuda a comprender que "santidad" no es una realidad alejada de nuestra vida, sino que, en cuanto que podemos llegar a ser personas que aman, con Dios entramos en el misterio de la "santidad". El *ágape* se transforma así en nuestra realidad diaria. Por tanto, entramos en la esfera sagrada y vital de Dios mismo.

3. En esta línea, se pasa a la otra etapa, que también se contempla en el plan divino desde la eternidad: nuestra "predestinación" a hijos de Dios. No sólo criaturas humanas, sino realmente pertenecientes a Dios como hijos suyos.

San Pablo, en otro lugar (cf. *Ga* 4, 5; *Rm* 8, 15. 23), exalta esta sublime condición de hijos que implica y resulta de la fraternidad con Cristo, el Hijo por excelencia, "primogénito entre muchos hermanos" (*Rm* 8, 29), y la intimidad con el Padre celestial, al que ahora podemos invocar *Abbá*, al que podemos decir "padre querido" con un sentido de verdadera familiaridad con Dios, con una relación de espontaneidad y amor. Por consiguiente, estamos en presencia de un don inmenso, hecho posible por el "beneplácito de la voluntad" divina y por la "gracia", luminosa expresión del amor que salva.

4. Ahora, para concluir, citamos al gran obispo de Milán, san Ambrosio, que en una de sus cartas comenta las palabras del apóstol san Pablo a los Efesios, reflexionando precisamente sobre el rico contenido de nuestro himno cristológico. Subraya, ante todo, la gracia sobreabundante con la que Dios nos ha hecho hijos adoptivos suyos en Cristo Jesús. "Por eso, no se debe dudar de que los miembros están unidos a su cabeza, sobre todo porque desde el principio hemos sido predestinados a ser hijos adoptivos de Dios, por Jesucristo" (*Lettera XVI ad Ireneo*, 4: *SAEMO*, XIX, Milán-Roma 1988, p. 161).

El santo obispo de Milán prosigue su reflexión afirmando: "¿Quién es rico, sino el único Dios, creador de todas las cosas?". Y concluye: "Pero es mucho más rico en misericordia, puesto que ha redimido a todos y, como autor de la naturaleza, nos ha transformado a nosotros, que según la naturaleza de la carne éramos hijos de la ira y sujetos al castigo, para que fuéramos hijos de la

paz y de la caridad" (n. 7: *ib.*, p. 163).

Saludos

Saludo a los peregrinos de lengua española, en particular a las Hermanas de la Caridad de Nuestra Señora del Buen y Perpetuo Socorro en su capítulo general, así como a los grupos parroquiales de España y a los peregrinos de México y de otros países latinoamericanos. Invito a todos a amar a Dios y a vivir como dignos hijos suyos. Muchas gracias por vuestra atención.

(En italiano)

Por último, mi pensamiento va, como de costumbre, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Estamos entrando en el período estivo, tiempo de sana distracción y merecido descanso.

Os invito, queridos *jóvenes*, a aprovechar el verano para hacer útiles experiencias humanas y religiosas. A vosotros, queridos *enfermos*, os deseo que también durante estos meses sintáis la cercanía de personas amigas y familiares. A vosotros, queridos *recién casados*, os invito a usar las vacaciones para crecer en el amor recíproco iluminado por la alegría divina.